

la estepa florecida

Alejandra M. Boero Serra



poesía

De **Desarmadero** (Un Budha ed., 2025)

Vamos a hablar.
De poética.
Digo.
Hablar.
Del tratamiento directo.
De la cosa.
La miel, por ejemplo.
De la importancia,
o no,
de la flor.
Quién recibe el perfume.
El néctar del elogio,
a quién se entrega.

Ícaro volando

A Alejandro Michel

¡Qué peso el de la ingravidez! Sucede que, por un momento -no importa cómo lo midamos-, quedamos suspendidos. Lo que sorprende, un poco después -no importa cuándo suceda, ¡pero sucede! - es que la altura quema. Caemos.

Arriba la presión corrompe las coordenadas -las que no fueron previstas, las que enfocan la mirada: huellas en desorden - que permite el resplandor fugaz...

Los ojos van cayendo. El cuerpo se relaja y deja que las pupilas se contraigan y dilaten la revelación:

Que los párpados amortigüen la pendiente. Que las pestañas filtren el tránsito. Que el rostro se haga cargo.

Una sonrisa se precipita: la desobediencia.

Se derrite la cera. La sombra del padre se aleja. Ícaro ya no es Ícaro.

Se liberan tus alas. ¡Ícaro! ¡Vuelas!

Hay ruidos profundos. Crujen los cartílagos. Los músculos duelen. Hay extensiones de arterias que se abren. Y se desangran.

En el centro un abismo se prolonga. Y salta. Y juega. Y nos destruye. Se abren los sentidos. Un soplo. Un respiro.

Llegamos. (Llegamos).

El grito

Hoy miro el círculo fatal en el que los hombres me inscribieron.
Pálido terror de los dioses,
mirada de indescifrables reflejos.

¿Puede una mujer intuir el universo?

¿Cómo encontrar el centro,
donde todo es lo mismo y lo otro,
desde la fatua mirada del deseo?

Mis días en el templo traían voces de odio y de impotencia.
Pude ver un escudo, un trofeo,
la inevitable cercanía de la traición,
un rostro desfigurado y un puñal.

Una sola mujer ha muerto en manos de Perseo.

Una sola mujer sigue muriendo, aterrada, aterradora.

¿Puede la sangre volverse destino?

Cree recordar,
en el bruñido metal,
el grito
de su verdugo.

Medusa,
la mortal,
la protectora,
ignora la venganza,
pero no a su descendencia.

El catalogador enamorado

(En 2017, en la Sala del Tesoro de la Biblioteca Mariano Moreno, Juan Carlos Sánchez Sottosanto descubre el fragmento de un poema amoroso)

Es de mañana en la Sala del Tesoro de mi Biblioteca.
Es también un juego de esta historia que se niega al anonimato.
O es quizás la botella al mar que interrumpe mi naufragio.
Un fragmento escrito en el siglo XV tensa el rigor de mis inventarios.
Siento en mis manos el espesor de las nervaduras de estas cinco hojas de palma.
Si pudiera entrar al Reino de Kotte. Pero Ceilán ya no es Ceilán.
No fui el escriba. No fui su amada. Nada sé de su lengua.
Sin embargo, me escriben. Y yo enmudezco.
Nunca sabré cómo el pasado nos espera y llega.
Hoy soy el albacea de una pasión todavía intraducible.

Desarmadero

Proemio

I

La memoria me activa.

La gata lame mis manos.

Me siento y escucho.

Su lengua traza un mapa,
levanta,
con fruición,
mi piel.

Oigo puentes rotos,
rutas no transitadas.

II

Los gatos me asustaron muchos años
como la rueda gigante
y las montañas rusas de los parques.
La niñez con mascotas y juegos
fue una casa cercada con hierros.
Forja de Vulcano.
Palacio de Minos.
¿Cómo se habita
un volcán
en erupción permanente?
¿Cómo se desafía a Teseo?
¿Cómo se desalienta a Ariadna?
¿Cómo sobrevivir Minotauro?
¿Cómo rescatar,
 hoy,
el ronroneo y el vértigo?

Círculo primero

I

La bienvenida no fue auspiciosa.
Rostros marcados por la decepción
mecieron una cuna equivocada.
¿Hubo o no resignación?
El hierro es maleable, pensaron.
¿Hay herraduras para marcar la suerte?
Desestimaron los cálculos y el error.
Omitieron la química.
Olvidaron la dureza del aliento,
el magnetismo de los sueños,
los tintes del óxido,
las huellas de un cuerpo.

II

Los patios no siempre invitaron al juego.
¿Dije niñez?
Vi asomarse los ojos,
los brazos del tapial familiar.
Corrí espasmos.
A ras de suelo
busqué el hueco,
el patio,
la niñez,
los juegos de niños.

III

Nunca juego a las muñecas
aunque escriba el libreto.
Leo,
con credulidad,
los dictados de mi imaginación.
Conjuro,
en días de lluvia,
un trazo antiguo.
Actúo
una herida de espina
en toda la casa.

De **Saudade** (Un Budha de., 2025)

¿Cómo?
¿En qué lengua hablar de los muertos?

El habla es
acto
y es sentido.

La poesía es
un habla.

Somos
el libro
que se abre
en preguntas.

Somos
el rostro
de la página
que falta.

Escribiste
«Continuará»

Leo
«Nada de lo posible nos fue negado»

Somos
la vida
que no se detiene ante la muerte.

Fue nuestro el rostro de la piedra.

El viento sopla
y trae briznas de hibisco.
El olor salobre de tu mar
salpica mis manos.

Miro las huellas.

Nuestras fueron las espigas.
Fue nuestro el golpe de cincel.

Sabemos dónde queda el paisaje,
cómo muerde la noche,
qué cara tiene el silencio.

Pierdo las coordenadas.

Vuelvo a trazar el mapa de la llanura.
Me esmero en despejar sus límites,
en dibujar el horizonte.

Necesito confiar en los recuerdos.

Hago pie en tu memoria.

Quien sabe andar,
cruza caminos.

Espero el día como sueño la noche.
Las mañanas se demoran.
No siempre el sol acompaña,
no siempre el buen tiempo
interrumpe el temor del cuerpo.

Los meses tienen un número que resta,
una cifra que sobra,
una víspera,
un día después.

Asisto,
río abajo,
a la migración
de tu especie.

Tuerzo el curso de las aguas.

Río arriba,
la palabra pez
te multiplica.

Escribo y digo nosotros.

Velo mi piel, allí, donde todo sangra.

Me siento junto a los acantilados.

Someto mi lengua al flujo de las mareas.

Te nombro farero de lenguas,
centro del mandala,
instigador de preguntas.

SEMA

Mi respiración se aquieta
en las notas del ney.

Giro en compases de noche
y silencio.

Me dejo caer.

Mis pies rotan
y mis manos,
suspendidas,
se afinan.

Niego la gravedad.

Sostengo un cuerpo que,
a la altura del amor,
se abisma en otra música,
se realiza en otro tiempo.

CÁLAMO

El maestro calígrafo
mira los rollos,
escoge el de piel de cordero,
lo huele.
Allí su pluma,
noventa y nueve veces,
borrará un nombre.

Su arte sabe perderse
en la belleza de las formas.

El maestro calígrafo
confía sus trazos
a una caña,
a la insistencia de un nombre,
al lábil vacío
de su mortalidad.

MEZES

Me acerco a la mesa.
Veo los platos en ronda.
Recuerdo tus manos, madre.
Huelo las especias,
selecciono las hebras de té.
Espero.
Los dedos se rozan,
se tiñen del color de las granadas.
Untamos, con cada bocado,
los trozos de pan.
Cierro los ojos,
rezo.
Tu historia, madre,
los rostros de nuestra voracidad.

TESBIH

Recuerdo las normas del templo,
la exterioridad de los maestros.
Un tesbih, en mis manos,
sacrifica sus tratados,
sistematiza sus yerros.

Debo huir, me digo
volver donde bulle la gracia.

Salgo a la memoria de las calles,
a las pozas de café,
a las líneas de mi mano.

Regreso las cuentas a mis dedos.

HAMMAM

Con este cuerpo
filtro
la luz en estas cúpulas,
proveo de agua a las cisternas,
traigo
vapores de rosas
y azahar.
Descubro
sobre el frío mármol
el baño ritual,
mi cuerpo,
temible espacio de lo invisible.

TORRE GALATA

Soy la expansión del tiempo,
su reposo
en el espejo del agua.



Alejandra M. Boero Serra (1968, Rafaela, Pcia. de Santa Fe, Argentina). Profesora de Lengua, Literatura y Comunicación Social; poeta; gestora cultural; editora de «Gilgamesh: poesía y poéticas»; colaboradora en revistas «Cine y Literatura» (Santiago de Chile, Chile), «eXtramuros» (Montevideo, Uruguay), «La Primera Vértebra» (Lima, Perú); en «Ciclo de Poesía» organizados por E.R.A (Escritores Rafaelanos Agrupados, 2017/2018), en el «Festival de Literatura de Rafaela» (2018/2019) y en encuentros del Centro de Artistas de Rafaela (2024).

Libros: «Desarmadero», «Otomana», «Saudade», todos de Un Budha ed, 2025

